

# TEORÍA GENERAL DEL OLVIDO

JOSÉ EDUARDO AGUALUSA

# TEORÍA GENERAL DEL OLVIDO

Traducción de Claudia Solans



Consulte nuestra página web: [www.edhasa.es](http://www.edhasa.es)  
En ella encontrará el catálogo completo de Edhasa comentado.

Título original: *Teoria geral do esquecimento*

Diseño de la sobrecubierta: Edhasa, basada en un diseño de Pepe Far

Imagen de la cubierta: Juan Balaguer y Cristina Cermeño

Primera edición en Argentina: octubre de 2015

Primera edición: noviembre de 2017

© José Eduardo Agualusa, 2012 por acuerdo con Literarische Agentur Mertin Inh.  
Nicole Witt e. K., Frankfurt am Main, Germany

© de la presente edición: Edhasa, 2017

Diputación, 262, 2ª 1ª

08007 Barcelona

Tel. 93 494 97 20

España

E-mail: [info@edhasa.es](mailto:info@edhasa.es)

Quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización escrita de los titulares del *Copyright*, bajo la sanción establecida en las leyes, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución de ejemplares de ella mediante alquiler o préstamo público.

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, [www.cedro.org](http://www.cedro.org)) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra, o consulte la página [www.conlicencia.com](http://www.conlicencia.com)

ISBN: 978-84-350-1131-0

Impreso en Liberdúplex

Depósito legal: B. 24353-2017

Impreso en España

## Sumario

Nota previa . . . . .	9
Nuestro cielo es vuestro suelo . . . . .	11
Arrullo para una pequeña muerte. . . . .	19
Soldados sin suerte . . . . .	27
La sustancia del miedo . . . . .	33
Después del fin . . . . .	35
La mulemba del Che Guevara . . . . .	45
La segunda vida de Jeremías Carrasco . . . . .	47
27 de mayo . . . . .	53
Sobre los deslizamientos de la razón. . . . .	55
La antena rebelde . . . . .	63
Los días se deslizan como si fueran líquidos . . . . .	69
Haiku . . . . .	71
La sutil arquitectura del acaso. . . . .	73
La cieguera (y los ojos del corazón) . . . . .	81
El coleccionista de desapariciones. . . . .	83
La carta . . . . .	89
La muerte de Fantasma. . . . .	91
Sobre Dios y otros minúsculos desvaríos . . . . .	95

Exorcismo . . . . .	97
El día en que Ludo salvó Luanda . . . . .	99
Apariciones, y una caída casi mortal. . . . .	101
Blues del Mutiati. . . . .	111
Donde se esclarece una desaparición (casi dos), o de cómo, citando a Marx: «Todo lo sólido se desvanece en el aire» . . . . .	117
Los muertos de Sabalu . . . . .	129
Daniel Benchimol investiga la desaparición de Ludo . . . . .	137
El blues de Mutiati (2) . . . . .	141
El extraño destino del río Kubango. . . . .	145
Donde se revela cómo Nasser Evangelista ayudó a Pequeño Soba a huir de la cárcel . . . . .	151
Misterios de Luanda . . . . .	155
La muerte de Monte . . . . .	159
El encuentro. . . . .	161
Una paloma llamada Amor . . . . .	163
La confesión de Jeremías Carrasco . . . . .	171
El accidente . . . . .	177
Últimas palabras . . . . .	181
En los sueños es donde todo comienza . . . . .	183
Agradecimientos y bibliografía . . . . .	185

## Nota previa

Ludovica Fernandes Mano falleció en Luanda, en la clínica Sagrada Esperanza, en las primeras horas del día 5 de octubre de 2010. Tenía ochenta y cinco años. Sabalu Estevão Capitan-go me ofreció copias de diez cuadernos en los cuales Ludo había ido escribiendo su diario durante los primeros años de los veintiocho en que se mantuvo enclaustrada. Asimismo tuve acceso a los diarios posteriores a su rescate e incluso a una vasta colección de fotografías del artista plástico Sacramento Neto (Sakro) sobre los textos y dibujos en carbón de Ludo en las paredes del apartamento. Los diarios, poemas y reflexiones de Ludo me ayudaron a reconstruir el drama que vivió. Me ayudaron, creo, a comprenderla. En las páginas que siguen aprovecho muchos de sus testimonios. Aun así, lo que van a leer es ficción. Pura ficción.

## Nuestro cielo es vuestro suelo

A Ludovica nunca le gustó enfrentarse al cielo. Desde niña, ya la atormentaba el horror a los espacios abiertos. Al salir de casa se sentía frágil y vulnerable, como una tortuga a la que le hubieran arrancado el caparazón. De muy pequeña, de seis o siete años, se negaba a ir a la escuela sin la protección de un paraguas negro, enorme, fuera cual fuese el estado del tiempo. Ni la irritación de los padres, ni las bromas crueles de los otros niños la disuadían. Más tarde mejoró. Hasta que ocurrió aquello que ella llamaba «El accidente» y empezó a ver ese pavor primordial como una premonición.

Después de la muerte de sus padres se fue a vivir a la casa de su hermana. Raramente salía. Ganaba algún dinero dando clases de portugués a adolescentes aburridos. Además de eso, leía, bordaba, tocaba el piano, veía la televisión, cocinaba. Al anochecer, se acercaba a la ventana y miraba la oscuridad como quien se asoma a un abismo. Odete sacudía la cabeza, fastidiada:

—¿Qué pasa, Ludo? ¿Tienes miedo de caerte entre las estrellas?

Odete daba clases de inglés y alemán en el liceo. Amaba a su hermana. Evitaba viajar para no dejarla sola. Pasaba las

vacaciones en casa. Algunos amigos elogiaban su altruismo. Otros le criticaban la excesiva indulgencia. Ludo no se imaginaba viviendo sola. La inquietaba, sin embargo, haberse convertido en un peso. Pensaba en las dos como gemelas siamesas, prendidas por el ombligo. Ella, paralítica, casi muerta, y la otra, Odete, obligada a arrastrarla por todas partes. Se sintió feliz, se sintió aterrorizada, cuando la hermana se enamoró de un ingeniero de minas. Se llamaba Orlando. Viudo, sin hijos. Había ido a Aveiro a resolver una compleja cuestión de herencias. Angoleño, natural de Catete, vivía entre la capital de Angola y Dundo, pequeña ciudad administrada por la compañía de diamantes para la cual trabajaba. Dos semanas después de haberse conocido por casualidad en una confitería, Orlando le pidió casamiento a Odete. Anticipando un rechazo, conociendo las razones de Odete, insistió en que Ludo fuera a vivir con ellos. Al mes siguiente estaban instalados en un apartamento inmenso, en el último piso de uno de los edificios más lujosos de Luanda. El llamado Edificio de los Envidiados.

El viaje fue difícil para Ludo. Salió aturdida de la casa, bajo el efecto de calmantes, gimiendo y protestando. Durmió durante todo el vuelo. A la mañana siguiente, se despertó para una rutina semejante a la anterior. Orlando poseía una biblioteca valiosa, millares de títulos en portugués, francés, español, inglés y alemán, entre los cuales estaban casi todos los grandes clásicos de la literatura universal. Ludo dispuso de más libros, aunque de menos tiempo, pues insistió en prescindir de las dos empleadas y la cocinera, ocupándose sola de las tareas domésticas.



Una tarde, el ingeniero apareció en la casa sosteniendo cuidadosamente una caja de cartón. Se la entregó a su cuñada:

—Es para usted, Ludovica. Para que le haga compañía. Usted pasa demasiado tiempo sola.

Ludo abrió la caja. Dentro, mirándola asustado, encontró un cachorrito blanco, recién nacido.

—Macho. Pastor alemán —aclaró Orlando—: Crecen deprisa. Este es albino, un tanto raro. No debe tomar mucho sol. ¿Cómo va a llamarlo?

Ludo no dudó:

—¡Fantasma!

—¿Fantasma?

—Sí, parece un fantasma. Así, todo blanquito.

Orlando encogió los hombros huesudos:

—Muy bien. Será Fantasma.

Una elegante y anacrónica escalera de hierro forjado subía, en una espiral apretada, desde la sala de visitas hasta la terraza. A partir de allí, la mirada abarcaba buena parte de la ciudad, la bahía, la Isla y, al fondo, un largo collar de playas abandonado entre el encaje de las olas. Orlando había aprovechado el espacio para construir un jardín. Una pérgola de buganvillas lanzaba sobre el suelo de ladrillo en bruto una perfumada sombra lila. En unos de los rincones crecía un granado y varios bananos. A las visitas les extrañaba:

—¿Bananas, Orlando? ¿Esto es un jardín o una huerta?

El ingeniero se irritaba. Los bananos le recordaban la huerta cercada por muros de adobe donde había jugado de niño. Si por él hubiera sido, habría plantado también mangos, nísperos, innumerables pies de papaya. Allí era donde se sentaba al regre-

sar de la oficina, con un vaso de whisky al alcance de la mano, un cigarrillo negro encendido en los labios, viendo cómo la noche conquistaba la ciudad. Fantasma lo acompañaba. También el perrito amaba la terraza. Ludo, por el contrario, se negaba a subir. Los primeros meses no se atrevía siquiera a acercarse a las ventanas.

—El cielo de África es mucho más grande que el nuestro —le explicó a su hermana—. Nos aplasta.

Una soleada mañana de abril, Odete volvió del liceo para almorzar, excitada y asustada. Había estallado una confusión en la metrópolis. Orlando estaba en Dundo. Llegó esa noche. Se encerró en el cuarto con su mujer. Ludo los oyó discutir. Ella quería abandonar Angola lo más rápido posible:

—Los terroristas, querido, los terroristas...

—¿Terroristas? No vuelvas a usar esa palabra en mi casa. —Orlando nunca gritaba. Susurraba en un tono áspero, el filo de la voz apoyándose como una navaja en la garganta de los interlocutores—: Tales terroristas combatieron por la libertad de mi país. Soy angoleño. No me iré.

Transcurrieron días agitados. Manifestaciones, huelgas, asambleas. Ludo cerraba las ventanas para evitar que el apartamento se llenara de las carcajadas del pueblo en las calles, estallando en el aire como fuegos de artificio. Orlando, hijo de un comerciante de Minho establecido en Catete a principios de siglo y de una luandense mestiza, fallecida durante el parto, nunca había cultivado relaciones familiares. Uno de los primos, Vitorino Gavião, apareció por aquellos días. Había vivido cinco meses en París, bebiendo, cortejando, conspirando, escribiendo poemas en servilletas de papel, en

los bistrós frecuentados por exiliados portugueses y africanos, y así había conseguido un aura de revolucionario romántico. Entraba en la casa como una tempestad, desorganizando los libros en los estantes, los vasos en la cristalera, y enervando a Fantasma. El perrito lo perseguía, a una distancia segura, ladrando y gruñendo.

—¡Los camaradas quieren hablar contigo, hombre! —gritaba Vitorino, lanzando un puñetazo contra el hombro de Orlando—. Estamos negociando un gobierno provisorio. Necesitamos gente para los cuadros. Tú eres bueno para estar en los cuadros.

—Puede ser —admitía Orlando—, aunque cuadros, tenemos. Lo que nos falta es tiza.

Dudaba. Sí, iba murmurando, la patria podía contar con la experiencia que había acumulado. Temía, con todo, las corrientes más extremistas en el seno del movimiento. Comprendía la necesidad de mayor justicia social, pero los comunistas, amenazando con nacionalizar todo, lo asustaban. Expropiar la propiedad privada. Expulsar a los blancos. Partir los dientes a la pequeña burguesía. Él, Orlando, se enorgullecía de su sonrisa perfecta, no quería usar dentadura postiza. El primo se reía, atribuía los excesos de lenguaje a la euforia del momento, elogiaba el whisky y se servía más. Aquel primo de cabellera crespa, redonda, a lo Jimi Hendrix, camisa floreada abierta sobre el pecho sudado, asustaba a las hermanas.

—¡Habla como un negro! —lo acusaba Odete—. Además, huele a catanga. Siempre que viene aquí apesta toda la casa.

Orlando se enfurecía. Salía golpeando la puerta. Regresaba al final de la tarde, más seco, más agudo, un hombre

muy emparentado con los espinos. Subía a la terraza en compañía de Fantasma, de un paquete de cigarrillos, de una botella de whisky, y se quedaba allí. Volvía a entrar con la noche, cargando oscuridades, un fuerte olor a alcohol y a tabaco. Se tropezaba empujando los muebles, susurrando ásperamente contra la puta vida.

Los primeros tiros marcaron el inicio de las grandes fiestas de despedida. Los jóvenes morían en las calles agitando banderas y, mientras tanto, los colonos bailaban. Rita, la vecina del piso de al lado, cambió Luanda por Río de Janeiro. La última noche invitó a doscientos amigos a una cena que se prolongó hasta el alba.

—Lo que no logremos beber, se lo dejamos —dijo, mostrando a Orlando la despensa donde se amontonaban cajas con botellas de los mejores vinos portugueses—. Bébanlas. Lo importante es que no quede ninguna para que festejen los comunistas.

Tres meses más tarde el edificio estaba casi vacío. En contrapartida, Ludo no sabía dónde colocar tantas botellas de vino, cajones de cerveza, comida enlatada, jamones, trozos de bacalao, kilos de sal, de azúcar y de harina, además de un sinnúmero de productos de limpieza e higiene. Orlando había recibido de un amigo, coleccionista de coches deportivos, un Chevrolet Corvette y un Alfa Romeo GTA. Otro le había entregado las llaves de su apartamento.

—Nunca tuve suerte —se quejaba Orlando a las dos hermanas, y era difícil comprender si ironizaba o hablaba en serio—. Justo ahora que empecé a coleccionar coches y casas, aparecen los comunistas queriendo quitármelo todo.

Ludo encendía la radio y la revolución entraba en la casa: «El poder popular es la causa de esta confusión», repetía uno de los cantantes más populares del momento. «Eh, hermano», cantaba otro, «ama a tu hermano / no mires su color / ve en él solamente un angoleño. / Con el pueblo de Angola unido / la independencia llegará». Algunas melodías no coincidían con las letras. Parecían robadas de canciones de otra época, baladas tristes como la luz de un crepúsculo antiguo. Acechando en las ventanas, medio oculta tras las cortinas, Ludo veía pasar camiones cargados de hombres. Unos alzaban banderas. Otros, pancartas con palabras de orden:

*¡Independencia total!*

*¡Basta de 500 años de opresión colonial!*

*¡Queremos el Futuro!*

Las reivindicaciones estaban entre signos de exclamación. Los signos de exclamación se confundían con las catanas que cargaban los manifestantes. Las catanas también brillaban en las banderas y en las pancartas. Algunos hombres cargaban una en cada mano. Las alzaban. Golpeaban las hojas unas contra otras, en un alarido lúgubre.

Una noche, Ludo soñó que por debajo de las calles de la ciudad, bajo los respetables caserones de la zona baja, se extendía una interminable red de túneles. Las raíces de los árboles descendían, sueltas, a través de las bóvedas. Millares de personas vivían en los subterráneos, sumergidas en el barro y en la oscuridad, alimentándose de aquello que la burguesía colonial lanzaba por los desagües. Ludo caminó por entre la

turba. Los hombres agitaban catanas. Golpeaban las hojas unas contra otras y el ruido resonaba por los túneles. Uno de ellos se acercó, pegó su rostro sucio al de la portuguesa, y sonrió. Le sopló al oído, con una voz grave y dulce:

—Nuestro cielo es vuestro suelo.

## Arrullo para una pequeña muerte

Odete insistía en que abandonaran Angola. El marido, en respuesta, murmuraba palabras ásperas. Ellas podían irse. Los colonos debían embarcar. Nadie los quería allí. Un ciclo que se había cumplido. Comenzaba un tiempo nuevo. Hubiera sol o temporal, ni la luz futura, ni los huracanes por desatarse iluminarían o fustigarían a los portugueses. El ingeniero se iba enfureciendo a medida que susurraba. Podía enumerar durante horas los crímenes cometidos contra los africanos, los errores, las injusticias, los impudores, hasta que la esposa desistía y se encerraba a llorar en el cuarto de huéspedes. Fue una enorme sorpresa cuando Orlando llegó a casa, dos días antes de la Independencia, y anunció que la semana siguiente estarían en Lisboa. Odete abrió mucho los ojos:

—¿Por qué?

Orlando se sentó en uno de los sillones de la sala de visitas. Se arrancó la corbata, se desabotonó la camisa y, por fin, con un gesto extraño en él, se sacó los zapatos y asentó los pies en la mesita de apoyo:

—Porque podemos. Ahora podemos partir.

A la noche siguiente la pareja salió para una fiesta más de despedida. Ludo los esperó leyendo, tejiendo, hasta las dos de la mañana. Se fue a acostar inquieta. Durmió mal. Se levantó a las siete, se puso una bata, llamó a su hermana. Nadie le respondió. Tuvo la certeza de que había ocurrido una tragedia. Esperó una hora más antes de buscar la agenda telefónica. Llamó primero a los Nunes, la pareja que había organizado la fiesta la noche anterior. La atendió uno de los empleados. La familia había salido para el aeropuerto. El señor ingeniero y la esposa habían estado en la fiesta, sí, pero por poco tiempo. Él nunca había visto al señor ingeniero tan bien dispuesto. Ludo le dio las gracias y colgó. Volvió a abrir la agenda. Odete había garabateado, en tinta roja, los nombres de los amigos que habían abandonado Luanda. Quedaban pocos. Sólo tres respondieron y ninguno sabía nada. Uno de ellos, profesor de matemáticas en el liceo Salvador Correia, prometió telefonar a un policía amigo. Llamaría en cuanto consiguiera alguna información.

Pasaron horas. Comenzó un tiroteo. Primero, disparos aislados, y después el crepitar intenso de decenas de armas automáticas. Sonó el teléfono. Un hombre que le pareció aún joven, con acento lisboeta, de buena familia, preguntó si podía hablar con la hermana de la doctora Odete.

—¿Qué ha ocurrido?

—Calma, señora mía, sólo queremos el maíz.

—¡¿El maíz?!

—Usted ya me entiende. Entréguenos las piedras y le doy mi palabra de honor de que la dejaremos en paz. Nada le ocurrirá. Ni a usted ni a su hermana. Si quieren, regresan las dos a la metrópolis en el próximo avión.



—¿Qué le hicieron a Odete y a mi cuñado?

—El viejo se portó de forma irresponsable. Hay personas que confunden estupidez con coraje. Soy oficial del ejército portugués, no me gusta que intenten engañarme.

—¿Qué le hicieron? ¿Qué le hicieron a mi hermana?

—Nos queda poco tiempo. Esto puede resolverse bien o mal.

—No sé qué pretende, se lo juro, no sé...

—¿Quiere volver a ver a su hermana? Quédese quieta en casa, no intente avisar a nadie. Cuando la situación se calme un poco, pasaremos por su casa para buscar las piedras. Usted nos entrega la encomienda y liberamos a la señora Odete.

Dijo eso y colgó. Se había hecho de noche. Los proyectiles rayaban el cielo. Las explosiones sacudían los vidrios. Fantasma se había escondido detrás de uno de los sofás. Gemía bajito. Ludo sintió un mareo, una náusea. Corrió hasta el cuarto de baño y vomitó en el inodoro. Se sentó en el suelo temblando. Apenas recuperó las fuerzas, se dirigió al escritorio de Orlando, donde sólo entraba cada cinco días para barrer el piso y limpiar el polvo. El ingeniero mostraba mucho orgullo por su escritorio, un mueble solemne, frágil, que le había vendido un anticuario portugués. La mujer intentó abrir el primer cajón. No lo consiguió. Fue a buscar un martillo y lo partió con tres golpes furiosos. Encontró una revista pornográfica. La apartó, enojada, descubriendo, debajo, un manojó de billetes de cien dólares y una pistola. Sostuvo el arma con ambas manos. Sintió el peso. La acarició. Era con aquello que los hombres se mataban. Un instrumento denso, oscuro, casi vivo. Dio vueltas por la casa. No encontró nada. Finalmente,

se tendió en uno de los sofás de la sala de visitas y se durmió. Despertó con sobresalto. Fantasma le tiraba de la falda. Gruñía. Una brisa llegada del mar alzaba suavemente las finas cortinas de encaje. Las estrellas flotaban en el vacío. El silencio ampliaba la oscuridad. Un rumor de voces subía desde el corredor. Ludo se levantó. Caminó descalza hasta la puerta de entrada y acechó por la mirilla. Fuera, junto a los ascensores, tres hombres discutían en voz baja. Uno de ellos apuntó hacia ella —hacia la puerta— con un pie de cabra:

—Un perro, estoy seguro. Oí ladrar a un perro.

—¿Cómo, Minguito?! —lo criticó un sujeto seco, minúsculo, vestido con una chaqueta militar excesivamente ancha y larga—. No hay nadie aquí. Los colonos se rajaron. Vamos. Tira abajo esa mierda.

Minguito avanzó. Ludo retrocedió. Oyó el golpe y, sin reflexionar, lo devolvió. Un golpe brutal en la madera, que la dejó sin aliento. Silencio. Un grito:

—¿Quién está ahí?

—Váyanse.

Risas. La misma voz:

—¡Quedó una! ¿Cómo es la cosa, mamá, se olvidaron de usted?

—Váyanse, por favor.

—Abre la puerta, mamá. Sólo queremos lo que nos pertenece. Ustedes nos robaron durante quinientos años. Venimos a buscar lo que es nuestro.

—Tengo un arma. Nadie entra.

—Señora, cálmese. Usted nos da las joyas, algún dinero, y nosotros nos vamos. También nosotros tenemos madres.

—No. No voy a abrir.

—Ok. Minguito, tira eso abajo.

Ludo corrió al escritorio de Orlando. Agarró la pistola, avanzó, la apuntó hacia la puerta de entrada y apretó el gatillo. Recordaría el momento del disparo día tras día durante los treinta y cinco años que siguieron. El estruendo, el ligero salto del arma. El breve dolor en la muñeca.

¿Cómo habría sido su vida sin aquel instante?

—Ay, sangre. Mamá, usted me mató.

—¡Trinitá! Compañero, ¿estás herido?

—Rajen, rajen...

Tiros en la calle, muy cerca. Los tiros atraen tiros. Suéltese una bala en el cielo y enseguida decenas de otras se juntarán a ella. En un país en estado de guerra basta con un estampido. El escape deficiente de un coche. Un cohete. Cualquiera cosa. Ludo se acercó a la puerta. Vio el orificio abierto por la bala. Apoyó el oído en la madera. Escuchó el jadeo sordo del herido:

—Agua, mamá. Ayúdeme.

—No puedo. No puedo.

—Por favor, señora. Me estoy muriendo.

La mujer abrió la puerta, temblando mucho, sin soltar la pistola. El asaltante estaba sentado en el suelo, apoyado en la pared. De no ser por la barba espesa, muy negra, parecería una criatura. Rostro pequeño, sudado, ojos grandes que la miraban sin rencor:

—Tanta mala suerte, tanta mala suerte, no voy a ver la Independencia.

—Disculpe, fue sin querer.

—Agua, tengo muchísima sed.

Ludo lanzó una mirada asustada hacia el corredor.

—Entre. No lo puedo dejar aquí.

El hombre se arrastró hacia dentro, gimiendo. Su sombra continuó apoyada en la pared. Una noche desprendiéndose de otra. Ludo pisó aquella sombra con los pies desnudos y se resbaló.

—¡Mi Dios!

—Disculpe, abuela. Estoy ensuciando la casa.

Ludo cerró la puerta. La atrancó. Se dirigió a la cocina, busco agua fresca en la nevera, llenó un vaso y regresó a la sala. El hombre bebió con voracidad:

—Lo que en realidad necesitaría es un poquito de aire fresco.

—Debería llamar a un médico.

—No vale la pena. Me matarían igual. Canta una canción, abuela.

—¿Cómo?

—Canta. Canta para mí una canción suave como guata.

Ludo pensó en su padre, canturreando viejas cantigas cariocas para dormirla. Posó la pistola en el suelo, se arrodilló, agarró entre las suyas las minúsculas manos del asaltante, acercó la boca a su oído y cantó.

Cantó durante mucho tiempo.

En cuanto la primera luz despertó a la casa, Ludo tomó coraje, tomó al muerto en brazos, sin mucho esfuerzo, y lo llevó a la terraza. Fue a buscar una pala. Abrió una fosa estrecha en uno de los canteros, entre rosas amarillas.

Meses antes, Orlando había comenzado a construir en la terraza una pequeña piscina. La guerra había interrumpido

las obras. Los obreros habían dejado bolsas de cemento, arena, ladrillos, apoyados contra los muros. La mujer arrastró algo del material hacia abajo. Destrabó la puerta de entrada. Salió. Comenzó a levantar una pared en el corredor, separando el piso del resto del edificio. Le llevó la mañana entera. Le llevó toda la tarde. Sólo cuando la pared quedó lista, después de alisar el cemento, sintió hambre y sed. Se sentó en la mesa de la cocina, calentó una sopa y comió despacio. Le dio un resto de pollo asado al perro:

—Ahora somos solo tú y yo.

—El animal le lamió las manos.

Junto a la puerta de entrada, la sangre se había secado formando una mancha oscura. Marcas de pies salían de allí camino a la cocina. Fantasma las lamió. Ludo lo apartó. Fue a buscar un balde con agua, jabón, una escoba, y limpió todo. Tomó una ducha caliente. Al salir de la bañera, sonó el teléfono.

—Las cosas se complicaron. No pudimos pasar ayer para buscar el material. Iremos en un rato.

Ludo colgó sin responder. El teléfono volvió a sonar. Se calmó un instante, pero apenas la mujer le dio la espalda, reiteró el griterío, nervioso, exigiendo su atención. Fantasma vino de la cocina. Se puso a correr en círculos, ladrando feroz a cada campanilleo. Súbitamente saltó sobre la mesa derribando el aparato. La caída fue violenta. Ludo sacudió la caja negra. Adentro se había soltado algo. Sonrió:

—Gracias, Fantasma. Creo que no nos molestará más.

Fuera, en la noche convulsa, explotaban cohetes y morteros. Los coches tocaban bocina. Acechando por la ventana,

la portuguesa vio la multitud que avanzaba a lo largo de las calles. Llenaba las plazas con una euforia urgente y desesperada. Se encerró en el cuarto. Se estiró en la cama. Hundió el rostro en la almohada. Intentó imaginarse muy lejos de allí, en la seguridad de su antigua casa, en Aveiro, mirando películas antiguas en la televisión mientras saboreaba té y mordía tostadas. No lo logró.

## Soldados sin suerte

Los dos hombres se esforzaban por disimular el nerviosismo. Usaban barba rala, cabello largo y desgredado. Vestían camisas coloridas, pantalones acampanados y botas militares. Benjamín, el más joven, silbaba alto mientras conducía el coche. Jeremías, el Carrasco,\* iba al lado, mordiendo un cigarro. Se cruzaron con camionetas de caja abierta que transportaban a soldados. Los muchachos los señalaban, adormecidos, haciendo con los dedos la V de la victoria. Los dos hombres respondían del mismo modo:

—¡Cubanos! —gruñó Jeremías—. Malditos comunistas.

Aparcaron frente al Edificio de los Envidiados y salieron.

Un mendigo los paró en la entrada:

—Buen día, camaradas.

—¡¿Qué quieres, papi?! —lo reprendió Jeremías—: ¿Vienes a pedir dinero a los blancos? Esa época se terminó. En la Angola independiente, en la trinchera firme del socialismo en África, no existe lugar para los pedigüeños. A los pedigüeños se les corta la cabeza.

\* Verdugo. (N. de la T.)

Lo apartó de un empujón y entró al edificio. Benjamín lo siguió. Llamaron el ascensor y subieron hasta el undécimo piso. Se detuvieron, sorprendidos, frente a la pared recién levantada:

—¿Qué diablos?! Este país enloqueció.

—¿Será aquí? ¿Estás seguro?

—¿Si estoy seguro? —Jeremías sonrió. Señaló la puerta de enfrente—: Allí, en el décimo primero E, vivía Ritina, las mejores piernas de Luanda. El trasero más bello. Tuviste suerte de no haber conocido a Ritina. Quien la conoció nunca más podrá mirar a otra mujer sin experimentar un vago sentimiento de desilusión y amargura. Como el cielo de África. Si me obligaran a irme de aquí, Santo Dios, ¿adónde iría?

—Comprendo, mi capitán. ¿Qué hacemos?

—Vamos a buscar un pico y rompemos la pared.

Volvieron a entrar en el ascensor y bajaron. El mendigo los esperaba, acompañado por cinco hombres armados:

—Son éstos, camarada Monte.

El hombre llamado Monte avanzó. Se dirigió a Jeremías con una voz segura, poderosa, que contrastaba con la exigüidad del cuerpo:

—¿Le molesta levantarse la manga de la camisa, camarada? Sí, la manga del brazo derecho. Quiero ver la muñeca...

—¿Y por qué haría eso?

Porque se lo estoy pidiendo con una delicadeza de perfumista.

Jeremías soltó una carcajada. Alzó la manga de la camisa revelando un tatuaje: *Audaces Fortuna Juvat*.

—¿Quería ver esto?



—Nada más, capitán. Parece que su suerte se terminó. También es verdad que dos blancos saliendo a la calle en estos días agitados, calzando botas de la tropa portuguesa, me parece excesiva audacia.

Se volvió hacia los dos hombres armados y les ordenó que fueran a buscar una cuerda y amarraran a los mercenarios. Les ataron las manos detrás de la espalda y los empujaron al interior de un Toyota Corolla, un vehículo en muy mal estado. Uno de los hombres se sentó en el lugar del acompañante. Monte, al volante. Los restantes siguieron tras ellos en un *jeep* militar. Benjamín hundió el rostro en las rodillas, sin lograr controlar el llanto. Jeremías lo empujó con el hombro, incomodado:

—Cálmate. Eres un soldado portugués.

Monte intervino:

—Deje al pequeño tranquilo. No deberían haberlo traído. En cuanto a usted, no es más que un prostituto a sueldo del imperialismo americano. Debería tener vergüenza.

—¿Y los cubanos?, ¿ésos no son mercenarios?

—Los compañeros cubanos no vinieron hasta Angola por dinero. Vinieron por convicciones.

—Yo me quedé en Angola por convicciones. Combato por la civilización occidental, contra el imperialismo soviético. Combato por la supervivencia de Portugal.

—Patrañas. Yo no creo en eso. Tú no crees en eso, tu madre no cree en eso. A propósito, ¿qué diablos estabas haciendo en el edificio de Rita?

—¿Conoce a Rita?!

—¿Rita Costa Reis? ¿Ritita? Grandes piernas. Las mejores piernas de Luanda.

Conversaron alegremente sobre las mujeres angoleñas. Jeremías apreciaba a las luandesas. Con todo, agregó, ninguna mujer del mundo igualaba en sabor y sinsabor a las mulatas bengalíes. Monte recordó entonces a Riquita Bauleth, nacida en el seno de una de las familias más antiguas de Mossâmedes, electa Miss Portugal en 1971. Jeremías capituló. Riquita, sí, daría la vida por despertar una mañana a la luz de aquellos ojos negros. El hombre sentado al lado de Monte interrumpió la conversación:

—Es aquí, comandante. Llegamos.

La ciudad había quedado atrás. Un muro alto dividía un descampado. Baobabs al fondo y después un horizonte azul, sin mácula. Salieron del coche. Monte desató a los dos mercenarios. Se enderezó:

—Capitán Jeremías Carrasco. Supongo que Carrasco es un apodo. Usted está acusado de atrocidades sin fin. Torturó y asesinó a decenas de nacionalistas angoleños. A algunos de nuestros camaradas les gustaría verlo en un tribunal. Yo creo que no debemos perder tiempo con juicios. El pueblo ya lo condenó.

Jeremías sonrió:

—¿El pueblo? Patrañas. Yo no creo en eso, usted no cree en eso, su madre no cree en eso. Déjenos ir y le entrego una mano llena de diamantes. Buenas piedras. Usted podrá irse de este país y rehacer su vida en cualquier otro lugar. Tendrá las mujeres que quiera.

—Gracias. No pretendo irme, y la única mujer que quiero está en mi casa. Que tenga buen viaje, y diviértase allá adonde va.

Monte regresó al coche. Los soldados empujaron a los portugueses hasta el muro. Se apartaron algunos metros. Uno de ellos sacó una pistola de la cintura y, con un gesto casi distraído, casi de aburrimiento, apuntó y disparó tres veces. Jeremías Carrasco quedó tendido de espaldas. Vio aves volando en el cielo alto. Reparó en una inscripción, en tinta roja, en el muro manchado de sangre, picado de balas:

*El luto continúa.*

## La sustancia del miedo

*Siento miedo de lo que está más allá de las ventanas, del aire que entra a chorros y de los ruidos que trae. Temo a los mosquitos, la miríada de insectos a los cuales no sé dar nombre. Soy extranjera a todo, como un ave caída en la corriente de un río.*

*No comprendo las lenguas que me llegan de allí fuera, que la radio trae dentro de casa, no comprendo lo que dicen, ni siquiera cuando parecen hablar portugués, porque ese portugués que hablan ya no es el mío.*

*Hasta la luz me es extraña.*

*Un exceso de luz.*

*Ciertos colores que no deberían ocurrir en un cielo saludable.*

*Estoy más cerca de mi perro que de las personas allí fuera.*